

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre*, continuacion, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*El cantar de mis cantares*, por doña Josefa Crespo.—*¿Qué es la poesia?* por D. Narciso Campillo.—*Margarita de Servan*, continuacion, por la condesa de Mirabeau.—*El lucero de la tarde*, continuacion, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Esptlicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.—LÁMINA.—Un figurin de modas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD
PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XIII.

CAMILO A CÉSAR.

Paris, julio de 18...

Eres un pobre niño alucinado, y aunque debia estar lleno de enojo contra tí, solo pienso en compadecerte: ¡ah, sí! prueba tu impremeditacion y la natural injusticia de tu voluble carácter, lo que dices en tu carta: *nunca, hasta hoy, he conocido el amor y la amistad...* De esta suerte, ¿qué he sido yo hasta hoy para tí? ¿yo, que tanto me he desvelado en ayudar al digno anciano que ha dirigido tu educacion, para que esta fuese mas completa y mas brillante? ¿yo, que he consolado tus tristezas, tu tedio, tus rabiets de niño, que he dirigido tus lecturas, que he dorado en lo posible los hierros de tu jaula y, sobre todo, que te he velado treinta dias durante tu enfermedad?

¡Qué duro, qué triste es tener que recordar esto á un amigo! César, siento no poder estimarte ya como antes, aunque te quiera del mismo modo.

Porque has de saber que no es el amor sinónimo de la estimacion: el amor lo inspiran las gracias de la persona, y conduce hasta él esa irresistible atraccion que se llama simpatía: la estimacion es producida por las bellas cualida-

AÑO I.—NÚM. 24

des del alma: se puede amar con ceguedad á una mujer y negarle todo valor moral: entonces no se la estima.

Otro tanto sucede con los hombres, y eso es lo que me sucede á mí contigo: no te enojas de mi sinceridad, porque ya sabes que no sé mentir: te amo, porque tienes para mí la triple atraccion de la belleza, de la desgracia y de la inesperienza: pero no puedo estimarte, porque no hallo en tí las nobles cualidades que pueden despertar y conservar mi aprecio.

En cuanto á lo que dices en el último párrafo de tu carta, acerca de si te envidio ó te compadezco, es lo último lo que hago desde que veo tu presente y adivino tu porvenir: y no solo te compadezco á tí, sino que me lastima el pensar en la suerte de la desgraciada niña con la que vas á enlazarte: si puedes, César, retrocede y niégate á esa union, porque los dos sereis en ella muy desgraciados.

Creo que en el matrimonio hay que tenerse muchos miramientos: que si la esposa puede llevar al esposo al camino de la paz y de la prosperidad, éste debe guiarla á ella constantemente: que debe disimular sus defectos y hacer resaltar sus buenas cualidades; que debe ser para ella un padre y un tutor, á la par que un amante.

¿Te consideras tú capaz de ser todo eso para Clara?

¿Crées que podrás llenar los árdus deberes de tu nuevo estado, que podrás ser para tu esposa un compañero cariñoso y afable, un apoyo enérgico y fuerte, el sosten de un ser débil, y finalmente el jefe de una casa y de una familia? No me respondas, porque no quiero obligar á tu pluma á estampar un *no* doloroso, ni á mentir con un *sí* aventurado.

César, tú no puedes saber las horribles desgracias que han ocasionado los matrimonios de dos niños; cuando se toman por amor las ilusiones del corazon, el desengaño es un amargo fruto, al que no precede florecencia alguna: yo,
30 DE JUNIO DE 1864.

á mis veinte y ocho años, he visto jóvenes esposas hastiadas, asediadas con los sagrados deberes de la maternidad: maridos cansados de serlo, abrumados de tedio, y buscándose distracciones indignas, de esas que asesinan para siempre la paz y el reposo de la familia: no es extraño ver surgir el suicidio de esas uniones monstruosas, que la razon condena y el corazon llega á aborrecer: porque, César, tú no sabes tampoco qué cosa tan terrible es esa cadena que solo la muerte puede desatar, cuando se deshojan, se marchitan y perecen las flores que encubren su frío hierro!

La mujer puede ser esposa sin haber visto nada de la vida, y es conveniente que lleve al altar toda la inocencia de su alma: solo necesita una fé pura y un amor á toda prueba al hombre que elija, tener bondad, un poco de talento, y sobre todo, saber sentir: ¡pero el hombre! este necesita poseer otras muchas cosas, que no posees tu: necesita hacerse, antes que amado, estimable; necesita que se crea en la solidez de su juicio, en lo elevado de su entendimiento, en su fortaleza, en su prudencia, en su bondad: necesita que se le considere recto y severo, valeroso y sensible; necesita que su mujer le respete, le estime, al mismo tiempo que le ame, y ser para ella el hombre mejor y mas digno, á fin de que no piense siquiera en que existen los otros.

El matrimonio exige en el hombre esa elegancia doméstica, que es la mas difícil de todas, porque está al lado de la prosa de la vida: esa continuidad de miramientos y de galantes atenciones, que disminuyen y ahuyentan el tedio de la costumbre: esa delizadeza de modales que tanto agrada á las mujeres; esa dulzura de lenguaje que las encanta, y que es el mas hermoso contraste con la fuerza moral, con la potestad irrecusable del marido; ese don del consejo, tan difícil, cuando se dirige á un ser débil y obcecado como suele serlo la mujer: esa elocuente lógica, que hace duras reflexiones y que repite sin cesar:—*lo que te digo es por tu bien*:—esa graciosa cortesía que dice á la mujer, ajada por los cuidados y las penalidades;—*tú eres siempre la que amé, y la dulce soberana de nuestro hogar*: para ser esposo, se necesita saber reprimir, halagar, seducir, perdonar, persuadir, aconsejar; se necesita ser dulce y fuerte á la par; unir al amor, la prudencia, la abnegacion, y muchas veces el sacrificio: y cuando la mujer es bastante imprudente y bastante desgraciada para dejar secar las flores del hogar doméstico, cuando aparecen en su figura ó en su alma defectos desconocidos, se necesita la fortaleza suficiente para saber decirse:—*Yo elegi*.

No dejes, pues, que *te elijan*, querido Cesar: lige tú, y haz como yo: espera: no me he ca-

sado todavía, porque me faltan muchas cualidades de las que te he enumerado, y que, á mi parecer, debe tener un buen esposo.

Indirectamente, y como una pinchada que se asesta por la espalda, me dices que soy incapaz de amar: no, mi querido niño: he creído amar mas de una vez... y me he engañado.

Sé que de la mayor parte de los estravíos de las mujeres tienen la culpa sus esposos, que las dejan en una absoluta soledad moral y he de amar mucho antes de casarme, para que no me fastidie nunca mi mujer.

Termino esta anunciándote que nos veremos pronto en Madrid, y asegurándote que te amo como siempre á pesar de ser tu un ingrato para tu amigo

CAMILO.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL CANTAR DE MIS CANTARES (1).

A LA MEMORIA DE MI ADORADO PADRE.

Con mis cantos virginales
Al pié de esta losa vengo;
Incierto el paso detengo
De tu tumba en los umbrales.
Los cipreses funerals,
Lucen aquí su verdura,
Con lágrimas de ternura
Riego tu sepulcro santo,
Porque dicen que es el llanto
La flor de la sepultura.

Naciente la blanca aurora
Se estiende en el horizonte;
En la espesura del monte
Se escucha el ave canora;
La flor bella y seductora
Muestra sus vívidas galas;
Favónio agita sus alas
Por la floresta riente.
Y el eco dulce se siente
De la voz de las zagalas.

Vuelve al pensil la alegría;
Reina feliz primavera;
Verdor viste la pradera
Y el cielo su argentería:
Pero triste el alma mía

(1) Con mucho gusto damos cabida en las columnas de EL ANGEL DEL HOGAR, á esta preciosa composicion de la novel é inspirada poetisa cordobesa, señorita doña Josefa Crespo, y que nos acaba de remitir nuestro muy querido amigo y colaborador D. Antonio Fernandez Grilo.

El Sr. Grilo es un verdadero poeta, y al enviarnos la poesia que nos recomienda, ya sabe que tan bellisimos versos se recomiendan por sí solos, y que su jóven autora tiene á su disposicion las columnas de EL ANGEL DEL HOGAR.

El placer le causa enojos;
Miro en las flores abrojos;
Cierran su cándido broche,
Y el día es lóbrega noche
Sin ver la luz de tus ojos.

Lejos de los oropelos
Del mundo y sus falsedades,
Muy lejos de sus maldades,
Sin ambicionar laureles,
En los fúnebres vergeles
Del cementerio sombrío,
Encontrará el pecho mío
Calma á su dolor profundo,
Y en el puerto de otro mundo
La prenda que mas ansío.

Padre del alma querido,
Fuente de mi sed de amores,
El dolor de mis dolores
Es el haberte perdido:
De este mundo fementido
No anhele la pompa vana;
Yo, con tu cariño ufana,
Hubiera sido dichosa,
Como la encendida rosa
De los campos soberana.

Hoy del valle pobre flor,
Gimo triste y solitaria
Cual desierta pasionaria
Sin aroma y sin amor.
De mi vida en el albor
Las ilusiones volaron;
Por el polvo se arrastraron
De tus cenizas heladas....
Así mis glorias pasadas
Por siempre se marchitaron.

Cuando de dolor transida
Ante Dios puesta de hinojos
Se desprende de mis ojos
Lágrima por ti vertida;
Cuando al rumor adormida
De una mística oracion,
Palpitante de emocion
Levanto mi vista al cielo,
Te pido desde este suelo
La paternal bendicion.

Padre amante; si algun dia
En mi espinosa carrera
Algun laurel consiguiera
Ceñir á la lira mia,
Al pié de esta losa fria,
Te contaré mis pesares;
Los cipreses seculares
Besaré do el viento zumba,
Y elevaré en esta tumba
El cantar de mis cantares.

JOSEFA CRESPO.

Córdoba.

¿QUÉ ES LA POESÍA?

Horas hay de melancolía, de suave encanto y divino éxtasis, en que nos alzamos del lodo de la tierra á tan grande distancia como existe entre lo limitado y lo infinito; entre lo perecedero y lo inmortal. Entonces pasa la naturaleza ante nuestros ojos como un rápido meteoro, halaga nuestro corazón una desconocida armonía, un espíritu vividor parece que llena el vacío inmenso que sentimos: el alma se eleva á regiones llenas de luz, donde todo resplandece y nada es mezquino, donde la duda jamás infestó el aire con ponzoñoso aliento: se eleva, y suspira de júbilo viéndose inmediata á su Creador. Deja el hombre de ser hombre para convertirse en ángel; porque estas emociones generosas son las aguas del Jordán que le purifican y limpian del fango de la tierra, el bálsamo saludable que cicatriza sus llagas. Para pintar estas horas sublimes, quisiera ser uno de aquellos géneos divinos que poseen el sello de la inmortalidad y lo graban en sus escritos. En estas horas, el poeta conoce que lo es, siente la fecunda llama de la inspiración, vé mil héroes levantarse del polvo de las tumbas, mira cuál cruzan majestuosamente ante su vista las generaciones que fueron y las que serán, contempla el sueño de lo pasado, y viendo sin tinieblas lo futuro y vestido con las galas y colores de su número cuanto encierra la creación, oye entusiasmado el himno que se levanta en lo más profundo de su pecho y le aclama por poeta.

¡Poeta! Esta palabra, vacía de sentido para unos, mal comprendida por otros, que suena indiferente como las gotas de lluvia para la multitud, pero que algunas almas sensibles saben elevar á su verdadera altura, es la que encierra más ideas después de la que sirve para nombrar á la Divinidad; porque el vate es su vivísimo reflejo y el ser predestinado á celebrar sus maravillas y grandeza. Su arpa sonora trina como las aves, murmura como el arroyo, hierve como el piélago, retumba como el rayo y los torrentes, silba como los vientos, exhala el suspiro de la virgen, los ayes del moribundo; imita la gritería de los vencedores, el fúnebre clamor de los vencidos, el estruendo de la vida y el silencio de las tumbas: es melancólica como la noche, alegre como las alboradas de primavera: ríe y llora, se lamenta y canta; contempla lo presente, recoge cual tributos los recuerdos de lo pasado, y trata de lo porvenir como si fuera pasado también: nada le acobarda ni detiene; porque está henchida de fuego, y este fuego es el tesoro de su existencia.

Estudia el vate, y su libro es la creación; su consejero, su alma: modula sus tonos por lo

tonos sublimes de la naturaleza, y canta porque ha nacido para cantar, como los rios para fecundar los campos, y las horas para recordarnos nuestra muerte.

En la lucha encarnizada y perenne de la materia con el espíritu, ¿será que pueda este quedar vencido, y extinguirse lentamente sin encontrar ecos amigos los himnos y las armonías del arpa de los vates? ¿Pudiera la poesía dar el último suspiro? No: la poesía lo abraza todo, no tiene límites, y lo que es ilimitado, es inmortal. ¿Qué es la poesía?... No la profanaré con frases inútiles por el vano empeño de explicar su esencia; hay sentimientos que experimenta el corazón y no dicen ni el lábio ni la pluma, porque en él se guardan como en un santuario, y fuera de él los miramos mezquinas imágenes de un original perfecto, y oscuras sombras de sol claro y brillante. Por sus efectos podreis conocerla, como se conoce al ruiseñor por su acento y á la rosa de Iren por sus perfumes.

Viéronla resplandecer los profetas del antiguo pueblo hebreo en los asombrosos milagros de Jehová, en la caída del primer hombre, en el diluvio, en los mares abiertos y tranquilos, en los profundos murmurios del Líbano, en la inmensidad de los desiertos y en los errantes adueros bajo las sombras de las palmeras. Viéronla y la trasladaron á sus cantos: con estro varonil ensalzaron tantas maravillas ante las tribus de Israel: cada portentoso es un poema: cada poema una gigantesca columna levantada para admiración de las generaciones. Los profetas son los líricos primitivos del mundo: sus himnos los mas inspirados.

(Se continuará.)

NARCISO CAMPILLO.

MARGARITA DE SERVÁN,

por

la condesa de Mirabeau.

(Continuación.)

En cuanto á Mme. de Courtavel, la soportaba como una necesidad: en la época del matrimonio de su primo, solía decir:

—Leon se casa con una mina del Perú.

Veinte años mas tarde, llamaba á Lucía, con bastante gracia, *su encantadora California*.

Sin embargo, un poco por curiosidad, y otro poco por contrariar á Mme. de Courtavel, decidió llevar el asunto al sitio mas divertido, y despues de defender como se ha visto la genealogía de Margarita, añadió, dirigiéndose á la madre de Lucía:

—Os confieso, mi querida prima, que tendria el mayor placer en ver á esa pobre niña que me han dicho ser muy hermosa: se le atribuye además el talento de su madre, lo que es un gran elogio para ella: ¿no podremos ver si han exagerado?

—Sin duda, respondió Lucía desdeñosamente: esa señorita vendrá así que se le mande: señor marqués, tened la bondad de llamar.

El marqués obedeció, y poco tardó en aparecer su criado.

—Id al presbiterio, dijo imperiosamente mademoiselle de Courtavel: y decid á la señorita de Serván que la esperamos hoy á comer: añadidle que deseo verla, y que no admito excusa alguna de su parte: esperareis á que haga su toilette y la acompañareis.

El lacayo se inclinó: Lucía volvió al piano y se puso á recorrer el teclado, para disimular su impaciencia y la violenta contrariedad que esperaba.

El marqués apoyó su frente en los cristales del balcon que daba sobre el camino, que debia traer Margarita, para verla llegar mas presto.

IX.

Apenas habia pasado una hora, apareció en el umbral del salon la dulce y poética figura de la jóven, que saludó con modestia, pero sin humildad, ni encogimiento.

La tranquila magestad, propia de su noble cuna, resplandecía en su semblante: pero la soledad é inocencia de su vida le habian preservado de esa osadía tan de moda hoy entre las jóvenes y que tanto daño hace á sus gracias: en aquella gran casa en que habia nacido, parecia estar, y estaba, en efecto, mas en su sitio que las nuevas señoras de Serván.

Mme. d'Ericy se adelantó á recibirla y la abrazó con ternura: era una de esas mujeres afectuosas, insinuantes, que dispensan, por costumbre, una amable proteccion: muy superficial por caracter, poseía, sin embargo, el arte de decir cosas agradables hasta un grado supremo: pero aquellas dulces palabras, que parecian brotar de su corazón, únicamente salian de sus labios.

Margarita era muy jóven y muy inesperta para comprender este tipo, que tanto abunda en el siglo XIX, y que fuerza es confesarlo, es muy agradable: desde las primeras palabras de la condesa, se sintió inclinada hacia ella con una fuerza irresistible, y daba gracias al cielo por el hallazgo de aquella adorable tía á quien jamás hasta entonces habia visto: la condesa le habló de sus padres, á los que habia conocido y amado, y Margarita, abandonándose al afecto, que la arrastraba, estuvo encantadora, brillan-

do por la primera vez desde la muerte de sus padres con toda la gracia y la ingenuidad de su carácter.

El marqués, asombrado ante la belleza casta y expresiva de aquella fisonomía que se abría como una flor á los rayos del sol, no podía separar de ella sus ojos, lo que, observado por Lucia, hacia consumir á esta de impaciencia, pues siempre habia creído su belleza omnipotente.

Tan grande era la preocupacion del marqués, que la misma Mme. de Courtavel se aperció de ella, y se volvió pálida de enojo.

Para distraer la atencion de que su sobrina era objeto por parte de la condesa y del marqués, propuso á entrambos dar un paseo por el parque, y salieron todos del salon.

Pero ¡ay! la pobre mujer ignoraba que si la atencion de los sentidos puede distraerse, no así la que nace del alma! el marqués no reparaba en la arrogante y seductora figura de Lucia, y no podía separar su mirada de la dulce y poética de Margarita.

En medio del parque habia un gran estanque, delante del cual hizo detener á sus huéspedes Mme. de Courtavel.

—Mirad, dijo al marqués: he pensado hacer colocar en el centro una roca magnífica: la cima estará coronada por una estatua de *San Neptuno*.

Mr. de Saint-Servé, sorprendido, no respondió una palabra.

—Vos sabreis, continuó imperturbable la castellana, que este santo tiene una horquilla en la mano, y que es el abogado de las aguas...

Nadie rompió el silencio que siguió á aquellas palabras. Mlle. de Courtavel se sonrió despreciativamente: otro tanto hizo la condesa d'Ericy. Margarita, mas generosa, se ruborizó por su tia, y su bello y dulce rostro se cubrió del mas vivo carmin.

En cuanto al marqués, ocupado solo en contemplarla, permaneció impassible en la apatencia.

A la vuelta del paseo, Mme. de Courtavel quiso que la condesa admirase la biblioteca.

—Hay 3,000 volúmenes, dijo pomposamente, y ya he mandado que se ocupen de formar el *decálogo*.

Poco despues volvieron al salon, y en él hallaron al anciano cura, que venia á buscar á su hija adoptiva: está saludó á todos, y salió dando el brazo al que era todo su amparo sobre la tierra.

(Se continuará.)

(Arreglo del francés.)

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

—El mal está hecho. Saquemos el mejor partido posible de él; además, si se halla ese cadáver con su riqueza, su muerte será mas estraña, se harán mas averiguaciones; por el contrario si nos guardamos su dinero, aparecerá como un robo á mano armada y como la cosa mas natural del mundo. De este modo alejaremos mas toda sospecha. Tú eres rico, yo paso por tal. ¿Quién podrá creer que el hijo de D. Alonso de Padilla y su íntimo amigo, han asesinado á un hombre, por hacerse dueños de unos cuantos miles que llevaba?

—Mi padre, murmuró Julio, cuyas ideas se confundian con la fuerza del horror; mi honrado padre...

—Ya procuraremos que nada de esto sepa, que ignore siempre que hemos muerto á ese anciano.

—¡Yo! ¡oh! yo no: mis manos no se han manchado con su sangre.

—Es verdad, dijo lentamente Adrian, mientras en su frente se retrataba una calma feroz. Tú nada has hecho; pero si yo he disparado el arma, lo hacia porque ese hombre no gritase, porque no hiciese público tu estado; y si hemos venido hasta aquí, bien lo sabes, era con el objeto de que su préstamo satisficiera tus deudas y tu padre no se aperciese de tus estravíos. Ya ves, Julio, que la culpa es de los dos.

—¡Oh! tú me aconsejaste hablar á ese infeliz, tú...

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de Adrian, y su mirada se fijó en el jóven con una expresion terrible.

Acaso no estaria lejos de cometer un segundo asesinato.

Pero reflexionó que esto le perderia indudablemente y estorbaria sus planes para el porvenir.

—Vamos, murmuró al cabo, dejemos vanas recriminaciones y tratemos de ocultar á este cadáver.

—¿Y cómo? ¿qué hacer ahora?

—Practicar una escavacion y enterrarle en ella seria obra de mucho tiempo, además necesitábamos una azada... cualquier cosa con que abrir la tierra.

—Entonces...

—Julio, las aguas del Ega son abundantes.

—Pero está muy lejos de aquí y nos es imposible llevar hasta allí á ese desgraciado.

—Dices bien; pero esa acequia...

—Tiene una gran profundidad y mucha rapidéz en su corriente; además desemboca en el rio

á un cuarto de legua del lugar en que nos llamamos.

—Sírvale pues de tumba, y sepúltese en ella nuestro secreto.

—¡Ah!

—Vamos.

Mendoza y Julio se aproximaron al cuerpo inerte del infeliz anciano, y venciendo el horror que les inspiraba, trataron de arrastrarlo hasta la orilla del agua.

La noche estaba oscurísima y nada se distinguía á dos pasos de distancia; sin embargo, los jóvenes caminaban á dar término á su intento.

De pronto una exclamacion terrible salió de los lábios de Adrian.

—¿Qué es eso? preguntó Julio alarmado.

—Acabo de herirme una mano, en el cortado tronco de un árbol.

—Nada se distingue.

—Sigamos.

—¿Puedes..?

—¡Sí; es en el dorso de la mano izquierda y aun la derecha me queda libre.

Nada volvió á escucharse, hasta que, algunos segundos despues, el ruido de un cuerpo arrojado en las aguas hizo estremecer á los que acababan de precipitar en ellas el cadáver de don Leopoldo Herrera.

Nadie, á pesar del silencio de la noche, pudo apercibirse de aquel sonido, pues la voz de la tempestad seguía vibrando en el espacio.

CAPÍTULO VII.

Las tormentas del otoño pasan tan fugaces como los pesares de la juventud, y, como ellos, dejan muy poca huella en pos de sí.

La mañana siguiente á la noche de que acabamos de hablar, amaneció pura y serena, sin una nube en el cielo, ni una sombra en el espacio.

La casa del señor de Padilla estaba aun silenciosa, pues todavía sus moradores no habian dejado el reposo.

Pocos, sin embargo, habian dormido en ella, aunque por bien diferentes causas.

Luisa, feliz porque acababa de ver á su esposo, estuvo desvelada pensando en los dias de dicha que la aguarlaban, aunque un poco inquieta, porque temia el efecto que la noticia de su casamiento produciría en su padre.

Julio, aterrado con el crimen que se habia cometido á sus ojos y del cual, aunque á su pesar, era cómplice, temia ver aparecer la luz del dia, por miedo de que hallasen su frente manchada con la sangre del de Herrera.

Temia sobre todo que llegase el instante de verse en la presencia de su padre, pues le pa-

recia que la indagadora mirada del honrado y severo anciano penetraría hasta el fondo de su alma, hallando en ella la desesperacion y los remordimientos.

Adrian tambien habia pasado la noche en vela: el crimen que acababa de cometer le inquietaba poco, pero sí le agitaban los proyectos que rodaban en su cabeza.

Una vez Julio ligado á él por los lazos del delito, contaba hacerle instrumento de su voluntad y obligarle á que favoreciese sus deseos.

Una de las principales cualidades de Mendoza era la ambicion, la sed de oro, con el cual esperaba satisfacer su loca aficion á los placeres.

Luisa era uno de los medios, acaso el mas eficaz, por donde el joven podia llegar á poseer una considerable riqueza.

La habia codiciado tambien por su hermosura, por la dulce expresion de su mirada, por el conjunto de dotes que la esposa de Pablo poseia.

Pero desde la tarde precedente en que descubrió sus amores con Cisneros, Mendoza la juzgó manchada, y ya no vió en ella la esposa soñada de su corazon, vió sólo la mujer que podia darle una posicion cómoda y brillante.

Entonces juzgó mas fácil alcanzar su mano, sobre todo contando con Julio, cuyo carácter tímido y débil conocia.

Aquella niña, hija de Luisa, le hacia pensar muchos medios de conseguir su objeto, ora ofreciendo á su madre guardar el secreto de su nacimiento, ora brindándole con su nombre para cubrir el borron que, segun él, llevaba sobre su frente.

De todos modos pensaba servirse del amor maternal como de un arma terrible y poderosa.

Esa multitud de ideas habia rodado toda la noche por su mente, privándole de un instante de reposo.

La aurora, pues, les habia encontrado á todos en vela aun.

Hacia poco que habia amanecido, cuando el ruido de muchas voces y los golpes dados á la puerta del señor de Padilla, hicieron levantar á este y mandar á saber la causa de aquella novedad.

Un instante despues, un criado entraba en su aposento para manifestarle que un suceso terrible reclamaba su presencia en las afueras de la ciudad.

D. Alonso nada contestó, pero empezó á vestirse con prontitud.

Al salir de su habitacion, vió á Julio que, pálido como un cadáver, preguntaba á todos sin poder dominar su cruel inquietud.

—¿Qué es eso, hijo mio? le dijo; ¿por qué te has levantado tan temprano?

—Me ha despertado ese ruido, y quise saber...
 —Mas haber llamado.
 —¿Ignora V. aun?...
 —¿De qué se trata? Sí, ciertamente.
 —¿No se lo han dicho?...
 —No; pero debe ser alguna desgracia ocurrida en la pasada noche.
 —Sí, tal vez...
 —¿Tampoco has oído tú nada?
 —¿Yo, señor? me recogí muy temprano, bien lo sabe V.

Julio dijo estas palabras con tan angustiosa precipitación, que en otras circunstancias hubieran bastado á probar que no era extraño al asunto de que se trataba.

—Vamos, dijo su padre, acompáñame y podrás satisfacer la curiosidad que manifiestas.
 —¿Yo! ¿yo ir con V.?
 —Sí, hijo mio.
 —¿Yo! volvió á preguntar el jóven mas turbado cada vez.
 —¿Y por qué no? preguntó una voz firme y serena á su espalda.
 —¿Adrian!

—Acompaña á tu padre, Julio, puesto que lo desea, y así podrás referirnos á tu vuelta el suceso que reclama su presencia.

El hermano de Luisa fijó su vista en Mendoza, admirado de su serenidad, y acercándose á este le dijo mientras su padre daba algunas órdenes.

—Adrian, Adrian, acaso será... el jóven hablaba al oído de su amigo y manifestando el mayor temor de ser escuchado.

—No es posible.
 —Sí, sí; es la muerte del señor de Herrera de lo que se trata.

—Te equivocas, las aguas le habrán arrastrado distante de aquí, y aunque se halle su cadáver, será bien lejos y en donde tu padre no tenga que entender en ello.

—Mas, ¿y si por cualquiera funesta casualidad?...
 —Ya te he dicho...
 —Pero ¿si fuese?...
 —En todo caso ten valor. Solo la sangre fria puede salvarnos.

—¿Ah!
 —Ya sabes que no puede haber prueba alguna contra nosotros, que nadie habia por aquellos sitios.
 —Es verdad.
 —Vé pues con tu padre.
 —¿Tú me aconsejas...?
 —Que no te separes de él, y así estarás al corriente de cuanto ocurra. Sobre todo, tén serenidad. Estamos seguros de que nadie puede acusarnos

Julio nada contestó, pero se dispuso á seguir á su padre, que en aquel instante iba á salir.

Cuando llegaron á la puerta de la calle, una multitud de gente les aguardaba ya.

Eran, en su mayor parte, labradores y hombres de campo: algunos mozos del molino se hallaban entre ellos tambien.

Julio, al verlos, tembló de un modo espantoso; ya no le quedaba duda de lo que se trataba.

Ahora solo faltaba saber si habia algun indicio por donde pudiera sospecharse la verdad, y el instinto de la propia conservacion le hizo dominarse y prestar atento oído á cuanto se decia á su alrededor.

—Señor, señor, exclamaron algunos al divisar á D. Alonso; ¡qué desgracia! ¡qué infamia!

—Pero ¿qué ocurre? preguntó Padilla con gravedad.

—Un asesinato, un asesinato espantoso, pues se ha cometido en la persona de un anciano.

—¿Cómo?

—Sí señor, dijo Diego, el dueño del molino de las Cruces; han muerto á un hombre y luego le han arrojado á las aguas de la acequia.

—¿Será posible? Continúe V., exclamó don Alonso con triste acento, pues el crimen estremecía su noble y recto corazón; prosiga V.

—El delito se ha ejecutado sin duda en medio de la noche, pues esta mañana al amanecer nos levantamos los muchachos y yo, porque como mi hijo ha ido al mercado de Cirauqui á vender las harinas de nuestra casa, tuve que reemplazarle en el cuidado del trabajo.

—Adelante.

—Sí, ya prosigo. Mandé á Juan, uno de mis criados, que levantase las compuertas para que entrase el agua y andáran las piedras; pero Juan tardaba y yo mismo tuve que ir á ver lo que ocurría.

—¿Y qué?

—Era que el cuerpo de un hombre se hallaba atravesado en la canal, y Juan, asombrado, habia dado voces, atrayendo así á cuantos se encontraban en aquellos alrededores.

—El cuerpo de un hombre!

—Sí, señor juez.

—Mas esto solo no es bastante para probar que existe un crimen; tal vez una casualidad...

El molinero movió la cabeza con lentitud y exclamó:

—Antes de caer á la acequia estaba muerto sin duda: tendrá una herida en el pecho, pues su camisa está manchada de sangre. El agua no ha podido borrar estas señales que se notan á primera vista.

—Bien: continuaremos nuestro camino, y ayudados de Dios, sin duda lograremos averiguar la verdad.

Media hora andaron todos antes de llegar al

lugar donde se habia cometido el atentado.

Julio, con la frente inclinada, marchaba al lado de su padre, sin pronunciar una sola palabra y estremecido por el pensamiento de lo que iba á pesenciar.

Cuando llegaron al molino, un grupo de hombres y mujeres cercaban el cuerpo del señor de Herrera, que yacia en tierra desfigurado y lívido.

D. Alonso se acercó y le examinó un instante, despues pasó la mano por sus ojos y volvió á mirar exhalando al mismo tiempo una esclamacion de sorpresa y dolor.

—¡Leopoldo! dijo; ¡no hay duda, es mi infeliz amigo!

—¡Cómo!

—Sí; el anciano y virtuoso señor de Herrera. ¿Pero quién ha podido ser el autor de tal crimen? ¿quién era su enemigo personal?

—A nadie puede acusarse, pues se ignoran las circunstancias de semejante atentado.

—¡Oh! yo las descubriré.

—¡Pobre señor! dijeron algunos mirando con curiosidad el cuerpo sin vida del anciano.

(*Se continuará.*)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Trajes de verano.

FIG. 1.^a—Vestido de campo: falda de pelo de cabra gris muy claro á rayas pekin, recorrida en el bajo á ondas, y estas ribeteadas con tafetan punzó: bajo estas ondas se coloca un volante estrecho de la tela del vestido, frunciendo ligeramente.

Corpiño suizo, que forma detrás una aldeta cuadrada; peto no muy largo delante, y punta en el pecho y espalda: este corpiño está guarnecido de un entredos de blonda negra, y lleva al canto un flequito de madroños encarnados: se adorna con un lazo de entredos de encaje negro en cada hombro.

Este corpiño, muy lindo y muy nuevo, se puede hacer de tafetan punzó ó de cachemira del mismo color, azul ó negra: tambien se puede usar de la misma tela del vestido: no estará de mas el advertir que de la misma tela que el corpiño debe ser el ribete de la falda.

Bajo el corpiño, camiseta adornada de pequeños bullones y de entredoses bordados: el escote se guarnece con un encajito por el que se pasa un terciopelito del color del corpiño.

Pendientes y peine del cabello, de coral.

Este sencillo equipo es precioso para señorita, y se puede conseguir aun mas económico haciendo la camiseta del todo lisa, lo que nada le haria perder de su graciosa sencillez.

FIG. 2.^a—Traje de visita: vestido de tafetan azul claro, guarnecido en la parte inferior de la falda por una tira de tafetan blanco, que lleva á cada lado un volantito azul plegado á tablas y con la tela doble; en el centro de aquella tira, van colocadas tres cintas de terciopelo negro, de un centimetro de ancho.

Cuerpo de talle redondo, y sobre este, cintura bearnesa en tafetan blanco: esta cintura remata al costado izquierdo en cabos flotantes.

Mangas ajustadas de codo, adornadas en la parte superior y en la inferior de la misma manera que la falda.

Rotonda de la tela del vestido, y adornada del mismo modo que este.

Cuello y mangas de tul con festones, sombrero de tul blanco adornado de un ramito de flores azules sobre el ala, y otro en el interior: la parte superior del ala lleva un ribete de glasé azul: bridas de seda blanca.

Sombrilla de moaré blanco con fleco de felpilla del mismo color, á la que sirve de cabeza una gruesa trencilla azul.

Guantes paja.

Este traje, como el anterior, es propio para señorita ó para señora muy joven, y estará mas en su lugar, que á pié, usándole para pasear en carruaje.

La rotonda, que se vé sobre una silla, pertenece á la figura primera: es de igual tela que la falda del traje, y está adornada del mismo modo, pero con las ondas mas pequeñas, y sin volante por debajo.

El sombrero de paja de Italia, que acompaña á la rotonda, es el complemento de dicho traje: está guarnecido de terciopelo punzó y de una pluma negra rizada.

Hemos dado tres figurines seguidos de trajes de estío, para que nuestras suscriptoras tengan donde elejir al preparar sus equipajes de campo y baños: nosotros ciframos nuestra dicha en complacerlas, y en que sobresalgan por su elegancia y por el buen gusto de sus trajes: á este fin, hemos escogido figurines distantes de adornos recargados, y damos con la mayor claridad nuestras esplicaciones para que las comprendan bien.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.